

LA VOZ DE LA CARIDAD.



N.º 172.—1.º de Mayo de 1877.

*Dios es caridad. (San Juan
Epist. I, 4, 8.)*

CARTA DE UN AFICIONADO Á TOROS

Á LOS REDACTORES DE "LA VOZ DE LA CARIDAD."

Muy señores míos: Como veo que no sólo se ocupan ustedes de asuntos de caridad, sí que también tratan con frecuencia cuestiones morales, voy á comunicarles algunas dudas y escrúpulos que me ocurren, con motivo de una reciente desgracia.

Yo, señores Redactores, soy aficionado á toros, y asistente asíduo á las corridas. Mi padre era fanático por esta diversion, y me llevó á ella desde niño. Cuando me casé, mi mujer, á instancias mías, y por acompañarme, empezó á concurrir á la plaza, primero con repugnancia y despues con gusto; lo mismo acontece á dos de mis tres hijas, porque la mayor no ha sido posible que se acostumbre; tanta es la repulsion que le inspira este espectáculo. Viendo que ante él cerraba los ojos horrorizada, y sin ver apenas lo que pasaba allí, solamente por lo que se oía, estaba desencajada y nerviosa, no sólo aquel dia, sino aquella semana, resolvimos dejarla en casa contra nuestro gusto y nuestra costumbre, porque la tenemos de ir en familia, á paseos y diversiones, siendo siempre comunes entre nosotros los placeres, las alegrías y las penas. Las de un pobre contribuye á consolar mi hija, con el valor del billete de los toros, que le doy para que de él disponga.

Concurrentes como digo á la plaza, siempre que por ocupacion ó enfermedad de alguno no dejábamos de ir todos, esto

nos sucedió con tan buena fortuna, que tuvimos la de no presenciarse ningun desastre. Así habia sucedido hasta la tarde del 15 de Abril... Todavía veo, y se me figura que le voy á estar viendo mientras viva, aquel hombre volteado en el aire por la fiera, arrojado al suelo despues, y que se levanta y vuelve á caer exánime. Estaba cerca, y pude saborear todo el horror de aquel espectáculo, y ver aquel rostro donde estaban pintados el sufrimiento y la muerte. No he visto nunca heridos graves; pero creo, que aún los que tienen costumbre de verlos, se habrán estremecido al ver al lidiador indefenso á merced de la fiera que escarbaba en su cuerpo ensangrentado. No recuerdo muy bien lo que pasó por mí en tal momento; sólo sé que me ví fuera de la plaza con mi familia, y despues de haberme informado de la gravedad de las heridas del pobre Salvador, y sabido que era mucha, nos alejamos. Mi mujer y mis hijas, muy afectadas, tomaron un coche y se fueron á casa; yo preferí el aire libre, y me encaminé al Retiro.

Durante mi paseo, la imágen de aquel lidiador vencido por la fiera, de aquel hombre desfigurado, caido, exánime, fué como un aguijon que despertó mi conciencia aletargada; me ocurrieron ideas que nunca habian cruzado por mi mente, dudas que nunca habia tenido, y sentí algo semejante á un remordimiento.

Antes de retirarme quise saber del herido, volví á la plaza de toros, y ví la gente que salia... la *funcion* habia continuado...; esto me impresionó de otro modo, pero no ménos que la cogida. Cuando llegué á casa, mi Carolina me miró en silencio de una manera particular; sus grandes ojos con expresion de tristeza se abrieron desmesuradamente, como si quisieran devorar una lágrima que al fin rodó por su mejilla. La enjugué con mis lábios, y sin darme cuenta de por qué lo decia, dije:— No llores, hija mia, ese hombre no morirá, y yo no volveré á los toros.

He dormido poco y con un sueño agitado por pesadillas, en que veia toros furiosos, volteando por el aire hombres ensangrentados que daban ayes lastimeros. Cuando despertaba, despues de la satisfaccion de ser esto un sueño, venia la tristeza de que habia en él alguna realidad, y aquellas ideas y dudas de por la tarde, se acentuaban más en el silencio de la noche.

Mi padre era un hombre honrado y bueno; iba á los toros, y me llevaba.

A los toros van, gobernantes y gobernados, pueblo y autoridades, plebe y aristocracia, hombres y mujeres.

Caen monarquías y se levantan repúblicas, y se van, y vienen restauraciones, y los gobiernos de tendencias encontradas se encuentran en la conformidad de no perseguir ni directa ni indirectamente las corridas de toros.

Los extranjeros escriben que es una barbaridad esta lucha con las fieras, y asisten á ella, y su admiracion al verla nos causa orgullo.

Nuestra ilustracion aumenta, y tambien el número de plazas de toros, y la ganancia de los toreros.

Ni los periódicos avanzados en nombre del progreso, ni los religiosos en nombre de la religion, hacen guerra sin tregua á las corridas de toros, ántes dan cuenta de ellas, y á veces de modo, que aun á mí, que soy aficionado, me choca, y me repugna.

Este mal, si lo fuera, ¿habian de hacerle todos, é ir en aumento cuando dicen que progresamos hácia el bien? No puede ser, no es posible que sea realmente mala una cosa tan generalmente practicada y aplaudida; pero la impresion que me causó aquel hombre en el aire, la gente que siguió divirtiéndose despues de verle por tierra, y aquella lágrima de mi hija más querida, que parecia llorar á un tiempo una desgracia y una culpa...

Estoy perplejo, señores Redactores, y medio desahogo, medio consulta, comunico á Vds. las dudas de mi entendimiento, y el malestar de mi corazon. Es posible que una noche de buen sueño le calme; pero entre tanto, siente malestar y se lo dice, un antiguo suscriptor y aficionado,

G. H.

CONTESTACION.

Muy señor nuestro: Su carta nos ha causado más satisfaccion que sorpresa, por ser comun vivir en una especie de aturdimiento moral en que la razon, como una luz que no se enciende ó no se acerca á los objetos que debe iluminar, deja á oscuras y se anda como á tientas por los más graves asuntos de la vida. Se hace bien por inclinacion, mal por ignorancia, y entrambos se confunden muchas veces en el proceder de personas que no los han analizado. El hombre, de activo que es por esencia, se hace cuanto puede pasivo, y en vez de dirigir la vida, como que es

dirigido por ella, dejándose llevar y recibiendo impulsos de las personas y de los sucesos que le rodean. No hay principios fijos ni reglas seguras, y aparte de algunas enormidades repugnantes en alto grado al sentido moral, las circunstancias deciden de que hagan ó no cosas realmente malas, personas que en el fondo no lo son. Y lo peor es, que cuando se hace por mucho tiempo una cosa mala, hay una tendencia casi irresistible á mirarla como buena, ya por el esfuerzo que se necesita para variar de proceder, ya porque la voluntad torcida es diestra para el sofisma y poderosa para la fascinacion.

Por eso vemos en su carta de V. una prueba de su buena condicion, que se necesita tenerla excelente, para que la práctica del mal no oscurezca la nocion del bien. Aunque se sonrien los aficionados á toros y á otras cosas que no son buenas, el asistir á esas sangrientas luchas es una accion mala, que agrava en V. la circunstancia de llevar á su mujer y á sus hijas. Esta falta en persona de sus dotes es consecuencia de vivir por rutina, y prueba la necesidad de considerar las acciones, todas las acciones, por lo que son y no por lo que parecen, juzgándolas con la razon y la conciencia y no con el aplauso y vituperio de que puedan ser objeto. Usted mismo, que de seguro se abstiene de muchas acciones practicadas y aplaudidas, ¿por qué no las juzga todas? ¿Cómo la práctica y la aprobacion de gentes que pueden ir erradas, ha de servir de regla para no equivocarse?

No sabemos la opinion de la mayoría de los españoles respecto á toros, y lo probable es que en esto, como en otras cosas, no la tengan. Aún prescindiendo de la opinion, que es un parecer razonado, y limitándonos al voto, no es seguro que el de los más sea favorable al espectáculo sangriento; en todo caso, como no hemos de guiarnos por los más, sino por los mejores, resulta, que si todas las autoridades, y la aristocracia y el pueblo hacen una cosa mala, no será buena por la unanimidad con que se haya hecho, y que una persona puede tener razon contra todo el género humano. Usted no la ha tenido para seguir el ejemplo de su padre y la corriente del vulgo: hablamos del vulgo moral, que no deja de serlo por andar bien vestido y en coche.

Prescindiremos, al hablar contra las corridas de toros, de muchas razones, que aún siendo importantes, parecen de ménos cuantía comparadas con las de moral y humanidad de que brevemente vamos á ocuparnos.

El hombre, Sr. D. G. H., es una criatura que *siente* y *conoce*. Cuando el conocimiento se *oscurece* y el sentimiento se *em-*

bota, el hombre se *extravía* y se *endurece*, haciéndose insensato y perverso en igual proporción: si ésta es mucha, produce la demencia y el crimen; si es ménos, da por resultado el absurdo, el despropósito, el error, la equivocación por una parte, y por la otra, la falta en sus infinitos grados. Si probamos que en la función de toros hay absurdo y crueldad, quedará probado que su tendencia es destructora de lo que debe conservar el hombre, de lo que le constituye verdaderamente tal.

Empecemos por notar, Sr. D. G. H., por qué es notable, que en las corridas de toros el uso de la razón está en proporción inversa de ella; es decir, que los brutos son más razonables que los hombres, y que éstos van siéndolo ménos á medida que tienen medios y deber de serlo más.

El toro, hermoso animal que de manso y útil se ha convertido artificialmente en destructor y fiero, no lo es tanto que no quiera huir al verse cercado y que acometa si no le obligan. Él obra en razón. Presiente un peligro, y quiere evitarlo alejándose. Le pinchan, y cornea; le acometen, se defiende; le hieren, procura herir; le torturan, y se enfurece; nada hay en esto que no sea natural y equitativo: se halla en el caso de legítima defensa contra agresor injusto, y aunque parezca ridículo, es grave, que lo más razonable que hay en la plaza de toros, sea el toro.

Los lidiadores lo son mucho ménos. No hay razón, ni conciencia, ni dignidad, para que exponga un hombre su vida por dinero y para diversión de otros, que, según su capricho, le aplauden ó le escarnecen: esto es inmoral, absurdo, bajo, siendo además cruel martizar á pobres animales que ningún daño le hacen. El torero está en un error, y comete una gran falta, pero con circunstancias atenuantes. Es un hombre sin instrucción y mal educado, y le tientan poderosamente. Él, un *quidan*, pobre y oscuro, tal vez no tiene que comer y va andrajoso. Si aprende á poner bien una pica, ó una banderilla, ó clavar un estoque, según ciertas reglas, se convierte en personaje rico, importante, aplaudido. Los grandes buscan su trato, le invitan á su mesa, y asisten á la suya; la multitud le admira; trabajando un día cada semana, tiene los otros para saborear su importancia y pasar su ociosidad. Rico y considerado, lleva en el bolsillo el reloj que le regaló tal encumbrada dama, en el dedo el anillo de tal magnate. Si está enfermo, es un acontecimiento grave; si herido, no caben en su casa las gentes de calidad que acuden á ella. ¡Qué cambio tan maravilloso en su existencia! ¡Qué her-

moso sueño realizado! ¡Qué tentacion tan fascinadora! ¿No hay que disculpar al pilluelo ó al chulo que cae en ella?

Despues del toro, lo ménos irracional que hay en la plaza, es el torero.

Los espectadores están en la gerarquía de la razon en órden inverso de la que tienen en la sociedad. Los pobres ni pagan ni se ocupan tanto de toros como la gente *distinguida*, que es la que firma en la lista cuando el torero está enfermo, y la que le trata, obsequia y regala cuando está sano. El funcionario público que preside y autoriza todo aquel sangriento desatino, y á quien se insulta y escarnece, es con razon silbado, porque habiendo recibido poderes para contribuir al bien, los emplea en cooperar poderosamente al mal de la manera más eficaz y repugnante. Así, pues, lo más razonable que hay en la plaza es el toro; lo más absurdo, el presidente.

Confundiéndose los efectos de diversas causas en ocasiones, y siendo simultánea su accion, aunque no idéntica, el error del entendimiento y la dureza del corazon se influyen mutuamente y se entrecruzan de tal manera en la plaza de toros, que en igual medida é inseparables parecen allí lo absurdo y lo cruel.

La aristocracia y gente culta se pone á nivel de la plebe más soez é ignorante. Los mismos gustos, la misma grosería de maneras y lenguaje, su misma dureza. Si á la puerta del infierno escribió el Dante,

Dejad toda esperanza los que entráis,

en la plaza de toros puede escribirse:

Dejad la humanidad los que aquí entráis.

Y la dejan. Fuera, podrá haber distincion de personas, y haberlas más ó ménos cultas, inteligentes y compasivas; dentro no hay más que chusma cruel. ¿No quieren todos que haya muchos caballos muertos, muchas tripas colgando, mucha horrible tortura de aquellos nobles y útiles animales, servidores del hombre, que en pago de que le auxiliaron toda la vida, les dá por diversion una horrible muerte? ¿No llaman todos *bueno* al toro que hace más daño, mejor cuantos más dolores causa y pone en mayor peligro la vida de los lidiadores? ¿No denuestan todos á la autoridad, si falta á algunas de las ridículas reglas con que pretenden ordenar materialmente aquel caos

moral? ¿No pagan todos muy caro este espectáculo, para que á fuerza de arte se haga de un rumiante un animal feroz; para que un empresario trafique con dolores y sangre, y con la muerte de brutos y de hombres, que se ponen por debajo de ellos; para que un torero gane en tres horas lo que no gana en un año un trabajador inteligente, estudioso y asiduo? ¿No se irritan y apostrofan todos al lidiador que clava un hierro un poco más abajo ó más arriba; ellos que no sienten indignacion ante los malvados que desgarran las entrañas de la patria? ¿No aplauden todos frenéticamente la habilidad de un diestro, ellos que no tienen entusiasmo para nada noble y elevado, y ven con indiferencia el arte, la ciencia y la virtud? ¿No quieren todos que expongan la vida los hombres para diversion suya y que la arriesguen más para divertirlos mejor? ¿Todos no piden perros y fuego para un excelente animal, porque es de tan buena condicion que ni aun acosado y herido se defiende y hiere? ¿Todos no azuzan á los lidiadores con aplausos y con silbidos, con encomios y con dicterios, excitando su mala vergüenza y su mala honra, y tocando todos los resortes de su extraviado amor propio, para que no huya del peligro, para que le busque, para que perezca en él? Todos... ¡qué horror! ¿Cuando un hombre por divertirlos, cae herido gravemente, ó muerto, no continúan la diversion mientras sufre y agoniza, sin remordimiento, ni pena, ni lástima por el mal causado, ni temor de que se repita?

¡Ah! En la plaza de toros hay una fiera, sí, pero no es el toro, sino el público. Ésta es la grande y repugnante fiera, cruel é insensata, y como fotografiada en los carteles en que se dice: *¡que en caso de inutilizarse los cinco picadores NO TIENEN DERECHO Á PEDIR QUE SALGAN MÁS!* Todo el que no tenga la conciencia torcida, se horrorizará de este *derecho* y de quien es capaz de hacer uso de él.

En las corridas de toros, como V. vé, Sr. D. G. H., hay absurdo y crueldad; de modo que extraviando las ideas y embotando los buenos sentimientos, contribuyen á disminuir en el hombre las dotes que le constituyen tal la *facultad de conocer y de sentir*. Allí dentro, sépanlo ó no, son todos insensatos y crueles, y el familiarizarse con el absurdo y el dolor, combiniándolos para diversion, habrá V. de convenir en que no es seguro camino para llegar á ser razonable y bueno.

Quando muere un hombre en la plaza, no es el toro quien le mata, como el autor de un asesinato no es el puñal, sino la vo-

luntad del que le maneja. El toro vá allí porque le llevan; le acometen y se defiende, le hieren y quiere herir, siendo un instrumento nada más en manos del público, verdadero autor de la matanza y de la carnicería que busca y aplaude. V. que vió al infeliz cuyo cuerpo desgarraba el asta ensangrentada, era no solo cómplice, sino autor del daño, puesto que autor de un delito es aquel sin cuya cooperacion no puede cometerse, y no habiendo espectadores que le pagasen, no habria el espectáculo que condenamos. Y no vale decir que la responsabilidad es una pequeña parte alícuota proporcional que disminuye segun aumenta el número de personas que la contraen, porque ni la culpa es cosa material aunque tenga consecuencias físicas, ni la conciencia es un bolsillo, ni la sociedad una compañía mercantil, ni la aritmética se puede aplicar á los deberes como á la cuenta del sastre. Si se reunieran diez mil hombres, ó diez millones, para asesinar á uno solo, serian diez mil, diez millones de asesinos, responsables de su muerte, y lejos de tener una diezmillonésima parte de culpa, esta seria aun más grave, por la circunstancia de ser tantos contra uno. El hombre moral está en la voluntad, que segun es buena ó mala tiene mérito ó culpa, sin que el uno ó la otra se disminuya por muchos que sean los partícipes, segun leyes que no son las de la materia, pero que no por eso dejan de ser leyes.

Así pues, de que sean muchos en la bárbara funcion, no resulta que cada uno no responda del mal que en ella se hace, y que no fuera V. mismo el que puso en las astas del toro, á ese lidiador cuya desgracia le ha impresionado tanto. Ciertamente, que no era la voluntad de V. el que esto le sucediera, pero sí que se pusiera en peligro de que pudiera sucederle, lo cual, si no es absolutamente lo mismo, tampoco es diferente del todo.

Hablamos á V. sin rodeos, Sr. D. G. H., en prueba de que le apreciamos, que pocas pruebas mayores de aprecio pueden darse, que decir la verdad cuando es dura. [Por lo demás, no creemos que sean de otra especie ni naturalmente opuestos, los que van á los toros, y los que condenamos que vayan, ni que esta diversion brutal que se consiente en España, no pueda tener aficionados más que entre españoles. Para creerlo así, además de que á los toros asisten muchos extranjeros, y personas buenas, como V. lo parece, nos fundamos en la observacion de la naturaleza humana.]

La lucha, tiene un atractivo poderoso para el hombre, en quien hay algo de ángel y algo de fiera, y con esto, el poder del

hábito para embotar la sensibilidad, y con recordar lo que se ha dicho, de que las colectividades son siempre mejores ó peores que los individuos que las componen, se explican las corridas de toros, donde se buscan impresiones de la lucha habituándose á sus horrores, y donde los que la presencian, poniéndose en comunicacion por la fase mala, por los instintos de fiera los multiplican, y se hacen peores y son crueles. Cualquiera de los que condenamos esta diversion hubiéramos podido aficionarnos á ella; todos los que asisten pueden comprender que hacen mal y deben abstenerse de hacerlo, porque el objeto de la sociedad es perfeccionar al hombre conteniendo sus malas inclinaciones, y auxiliando las buenas, que es precisamente lo contrario de lo que se hace en esa lucha sangrienta, y por eso es tan absurdo que la ley la autorice, y la autoridad la presida.

No vuelva V. á ella, Sr. D. G. H., V. que parece persona de buen corazon y de buen entendimiento, y al peso de las razones, añada el recuerdo de aquel hombre herido, del público que continuó divirtiéndose en ver cómo otros se exponian á sufrir igual suerte, y de aquella lágrima bendita de su excelente hija. Tambien tienen hijos, y esposas y madres, esos hombres que mueren porque los otros se diviertan.

Esto es lo que se nos alcanza respecto á sus impresiones y á sus dudas, y se lo comunicamos con la expresion de nuestro afecto.

LA REDACCION.

BUENA OBRA.

Hay acciones que llevan en sí su elogio; tal es la que consigna el documento que verán nuestros lectores á continuacion: copiarle, leerle y aplaudirle, no puede ser más que una misma cosa.

Hé aquí la copia de la comunicacion dirigida á la Academia de Ciencias Morales y Políticas, por el Sr. Marqués de Retortillo:

«EXCMO. SR.: Al tener la honra de dirigirme á esa respetable *Academia*, que V. E. dignamente preside, deber en mí es reclamar, ante todo, su proverbial benevolencia. Falto de títulos para alcanzarla, fío en obtenerla por el objeto á que vá encaminada esta respetuosa comunicacion, que ruego, ¡y espero, se sirva acojer indulgente.

Há dos años, en Enero de 1875, á la restauracion de la Monarquía, merecí la honra de ser elegido Vicepresidente de la Comision provincial de Madrid.

Fácil es á la *Academia* comprender los motivos que me impulsaron á aceptar un cargo que imponia grandes deberes; pero, aceptándolo como tal, contraí conmigo mismo el compromiso de emplear en pró de la Beneficencia, la asignacion que por la Ley me era obligatorio percibir, y de la cual, sin embargo, podia desprenderme inmediatamente despues.

Inútil creo hacer presente á la *Academia* que he cumplido mi compromiso. En union con mis dignos compañeros (1) (que igual conducta han observado), con nuestras asignaciones hemos levantado de planta en el Hospicio de esta Córte un Balneario, del que nos ha cabido la honra de hacer donacion á la provincia de Madrid.

Pero el ya largo transcurso de tiempo en el desempeño del cargo que he mencionado, me permite disponer aún de alguna otra suma; cuya aplicacion, dadas las altas dotes que distinguen á esa respetable *Academia*, sería sobremanera satisfactorio para mí que se sirviera dispensarme la honra de ser árbitra de adjudicar á un fin, que considero tambien esencialmente benéfico, y de útiles consecuençias en la práctica.

Cuatro Establecimientos de Beneficencia, todos de grande importancia, tiene actualmente á su cuidado la Diputacion provincial de Madrid. El Hospital general atiende á los pobres de enfermedades comunes. El denominado San Juan de Dios admite en sus salas á los que padecen males de determinada índole. La Inclusa, Colegio de la Paz y Casa de Maternidad acoge á los hijos entregados en el torno; educa á las adultas que, aun

(1) Los señores D. Máximo Ortiz de Zárate, D. Agustin Marin, conde de Villanueva de Perales, D. Manuel Foronda, D. Luis Moreno Gil de Borja, D. José A. de Balenchana, y D. Francisco de San Millan.

despues de llegar á cierta edad, no son reclamadas por sus padres, ni entregadas á personas caritativas que ofrecen garantías de moralidad; y asiste á las desgraciadas que desean ocultar su vergüenza y su infortunio. Y el Hospicio y Colegio de Desamparados es un vasto asilo, en el que los huérfanos y huérfanas de padre, los procedentes de la Inclusa, y los ancianos pobres de ambos sexos, reciben alimento, enseñanza en diversas escuelas, y aprendizaje en los talleres, formando un número tan crecido, cuanto que asciende á mil doscientos. Es decir, que la Diputacion provincial tiene, bajo su administracion, el cuidado y asistencia diaria de pobres y enfermos, en número que excede de tres mil.

Mucho ha hecho: muchas mejoras ha iniciado y planteado en todos los Establecimientos la Diputacion nombrada por el Gobierno de S. M.; pero loca vanidad sería creer que nada más puede hacerse.

Y nadie mejor que la sábia *Academia de Ciencias morales y políticas* puede apreciar y determinar las reformas por hacer; las mejoras por implantar en los asilos arriba mencionados.

Todas las que pueden concebirse caen bajo su jurisdiccion científica. Nadie como ella, con su sabiduría y con la experiencia de todos y de cada uno de sus ilustres miembros, puede decidir lo que más convenga á la asistencia de séres abandonados tan íntimamente relacionada con cuestiones morales y administrativas. Nadie como ella puede resolver cuanto se refiere á la educacion de los pobres y á la enseñanza de oficios que sirvan de base para honrada y decorosa subsistencia. Nadie como ella puede determinar la forma más ventajosa de organizar servicios tan complejos, que envuelven gravísimos problemas en el terreno de las ciencias morales y políticas.

De aquí el que me dirija en súplica á la *Academia*; porque solamente ella puede dar un voto suficientemente autorizado sobre la solucion de cuestiones de tan grande alcance.

Fundado en estas consideraciones, hijas de sincero convencimiento, me atrevo á rogar á la *Academia* que, para adjudicar un premio de seis mil reales, cuya suma pongo á su disposicion, se sirva llamar á consurso, y otorgarlo á la mejor «Memoria que exponga y determine las reformas y mejoras que

convenga introducir en la organizacion y régimen de todos los servicios en los Hospitales, Inclusa, Colegio de la Paz, Casa de Maternidad, Hospicio y Colegio de Desamparados de Madrid;» sirviéndose dispensarme el honor de modificar la redaccion del tema, como su mayor saber le dicte, y determinar las condiciones que para tomar parte en el concurso, como su notoria experiencia le aconseje, á fin de que la expresada Memoria pueda servir de base á resoluciones de la Diputacion provincial en bien de los pobres.

Confiando en que no me negará su preciosa cooperacion, me complazco en ofrecerle el testimonio de mi gratitud: gratitud tan profunda y tan sincera, cuanto que, á no serme aquella otorgada, me veria privado de realizar las aspiraciones que constantemente he acariciado, que no son otras, que la de procurar, con mis actos, devolver á la provincia de Madrid lo que de la provincia he recibido; estimular el estudio de cuestiones importantes en el órden administrativo y social; responder á los sentimientos que despierta la desgracia de los pobres que acuden á implorar el amparo de la provincia; y dejar á mis hijos un libro que, autorizado con el respetable voto de esa *Academia*, pueda recordarles en todo tiempo los deberes que la desgracia de los demás nos impone á todos.

Sírvase la *Academia* resolver como su benevolencia le dicte, seguro de mi gratitud hácia sus dignos individuos. Madrid 28 de Enero de 1877.—El Marqués de Retortillo.»

LAS HERMANAS DE LA CRUZ.

Lo hemos dicho varias veces en esta Revista: no somos pesimistas en materia de caridad.

Aunque haya mucho que perfeccionar y mucho que corregir sobre este punto, aunque sea grande y porfiada la lucha que se viene sosteniendo hace siglos con la dureza de los egoistas y con la insensibilidad de los indiferentes, el porvenir de la caridad no nos parece amenazado. Una de las razones en que fun-

damos esta creencia, es el ver que van planteándose instituciones nuevas que tienen por objeto ejercitar bajo diversas formas los sentimientos caritativos, habiendo hasta lujo de ingenio para revestir esas formas, no solo del modo más perfecto, sino del más adecuado para el remedio de las diversas necesidades de las clases pobres.

En esta materia, el corazón de la mujer supera al del hombre. El hombre podrá pensar más; la mujer, salvas honrosas excepciones, se dedica más á obrar. Los pensamientos del hombre abrazarán quizás esferas más elevadas, teniendo en su apoyo el aplauso aparatoso del mundo: la mujer, por el contrario, se consagra generalmente al ejercicio práctico de hacer bien en el silencio y en la modestia de la oscuridad. Si toda obra buena requiere cabeza que piense para hacerla, y corazón que sienta mucho al ejecutarla, convengamos en que, por lo regular, en el hombre predomina la cabeza, y en la mujer el corazón, cuando se trata del amor al prójimo, y sobre todo al prójimo necesitado.

El santo caritativo por excelencia, Vicente de Paul, dió una de las más bellas y útiles formas á esa tendencia del corazón de la mujer, creando las *Hermanas de la Caridad*, título hermoso y perfectamente apropiado; pues *hermano* representa amor, y *caridad* encierra la inclinación á hacer bien.

Las *Hermanas de la Caridad* tienen historia honrosísima, que nadie ignora y que todos aplauden. Son ya una necesidad para los establecimientos de beneficencia y de enseñanza popular de la niñez, y hasta en los campos de batalla y en las misiones evangelizadoras del Asia, se ven las blancas tocas de esta legión de mujeres heroicas, haciendo siempre, en favor de los pobres, el sacrificio continuo de su bienestar, de su descanso y hasta de su vida.

Cuando una institución es buena, no solo prospera, sino que motiva la creación de otras análogas. Al ejemplo de las *Hermanas de la Caridad*, se crearon las utilísimas *Hermanas de la Esperanza*, para cuidar enfermos á domicilio; no solo pobres, sino ricos también; y las interesantes *Hermanitas de los Pobres*, creación de una pobre aldeana bretona, que se dedican á recoger y cuidar con el mayor esmero ancianos pobres.

Sevilla puede envanecerse de tener otra creación análoga y moderna, que es *Las Hermanas de la Cruz*, cuyo objeto es vivir en comunidad bajo las reglas más austeras de piedad religiosa, para su perfección espiritual; pero no quedando reduci-

das á la vida contemplativa, sino á la del trabajo más rudo de la beneficencia domiciliaria, saliendo diariamente á visitar y socorrer pobres en sus casas, especialmente á los enfermos. No son además simples visitas de pocos minutos para dar una limosna, sino que permanecen allí largo rato, cual visita de amigas afectuosas, para ayudar al arreglo del menaje de la casa, al cuidado de los niños y asistencia de los enfermos.

Esta institucion debida al celo caritativo del canónigo don José de Torres Padilla, y autorizada competentemente, no cuenta con más recursos que los donativos y limosnas que reciben las Hermanas y que pasan á manos de los pobres, pues su gasto en comunidad es el más insignificante, por lo mucho que tiene de austero. Baste saber, que su cama se reduce á una tabla y una manta.

Hoy cuenta la casa de Sevilla, establecida en la plaza de San Martin, 22 hermanas, las cuales esparcidas diariamente por la ciudad, asisten á 120 casas pobres.

Natural es que el rico socorra al pobre; pero desprenderse de todo, reducirse á la pobreza y pedir limosna, no para sí, sino para otros necesitados consagrandolo á ellos su vida entera y llevándoles el consuelo moral y religioso, unido al socorro material, es una creacion hermosa que realizan admirablemente las modestas *Hermanas de la Cruz*.

No hay imprudencia por nuestra parte en rasgar el velo de su modestia, y revelar sus importantes servicios; perdonen esas piadosas mujeres y el benévolo fundador de la Asociación, tal imprudencia, que si á ellos les repugna, á otros puede aprovechar para contribuir á su obra santa de caridad, con donativos, con apoyo y con simpatías.

FAUSTO.

LA LIMOSNA DE LA CORTESÍA.

No hay individuo alguno, entre los que se precian de tener nada más que una mediana educacion, que deje de considerarse obligado á tributar á sus semejantes aquellas muestras de respeto que estimamos exigidas por la *cortesía*, ni que á su vez deje de atribuirse el derecho de que los demás se las otorguen á él. No cabe en este punto transaccion, ni excusa, ni disculpa; no es

esta de aquellas cosas que dependan de las circunstancias, ni uno de esos favores que es lícito negar; como que la razon en que se funda es permanente y universal: el respeto debido á la dignidad humana, y el cumplimiento de este deber, siempre posible, y hasta fácil, puesto que basta la buena voluntad.

Ahora bien; nada más frecuente que el olvido de esta obligacion respecto de los pobres y necesitados, á quienes muy á menudo contestamos con el silencio cuando nos piden pan para sus hijos, negándoles aquello que cuidamos bien tributar á los demás y de exigir por nuestra parte. Y, sin embargo, debia suceder todo lo contrario. Esos desventurados, porque lo son, necesitan en primer término, no ya el respeto á que sólo por ser hombres tienen derecho, sí que lo que antes que nada busca el que padece: la simpatía para sus dolores de parte de los demás. Piénsese en la diferente impresion que en el espíritu del pobre deja el que se contenta con penetrar en su triste vivienda y ponerle en la mano una moneda, y el que á la par le escucha, le consuela, le anima. En aquel caso, el cuerpo es el socorrido; en este, lo es tambien el alma; en el uno, el favorecido se une al favorecedor por un vínculo que se relaja, se afloja y se extingue á veces al mismo tiempo que la necesidad se satisface; en el otro, queda siempre vivo en el espíritu el recuerdo del consejo recibido y de la simpatía merecida.

¿Por qué, cuando el mendigo nos pide limosna en la calle, hemos de negarle una respuesta? Si no es necesitado y trata de engañarnos, ¿qué perdemos en ser corteses con él? Si lo es realmente, ¿por qué no hemos de pensar en la amargura, que por lo repetida, puede convertirse en odio y malquerencia, que va á despertar en su alma nuestro desvío, nuestra *mala crianza*? ¡Qué ligeramente juzgamos á los pobres! Porque son incultos, y con frecuencia groseros, se nos figura que como no sea recibir una moneda, lo demás poco les importa. ¡Qué error! En su espíritu pueden estar ciertas energías y sentimientos adormecidos, pero no muertos. Por esto, mientras pasamos á su lado hablando ó distraidos, sin que su ruego interrumpa nuestra conversacion ni nuestros pensamientos, él, allá en el fondo de su alma, se hace muchas de esas mismas preguntas que los sábios y los hartos se hacen cuando desgracias de otro género amargan su existencia. Han oido hablar del amor y de la caridad como lazos divinos que deben unir á todos los hombres, y por eso dicen: *hermano*, una limosna por el *amor* de Dios; y luego se encuentran con que no obtienen ni una mirada compasiva, ni una

palabra de excusa, ni una frase de simpatía. Y sin embargo, esto es lo ménos que podemos darles.

Puede muy bien faltarnos más ó ménos tiempo para ir á su casa y dedicarle unos momentos, dinero para socorrerle en sus necesidades, ciencia ó arte para aconsejarle y encaminarle; pero ¿qué tiempo se necesita, ni qué sacrificio cuesta, ni qué arte ó ciencia es menester, para volver el rostro y decir á un desgraciado con una mirada y con dos ó tres palabras, que sentimos su pena y que nos duele no poder socorrerla?

¡Ah, qué estrecho y mezquino sentido damos á la caridad! Muchos la simbolizarían en una moneda. Es verdad que el *mal*, en el órden de la riqueza, recorre una série de grados á cuyo fin se encuentra una negacion completa: escasez, miseria, hambre, inanición, muerte; mientras que en las demás esferas no sucede lo propio, puesto que no hay hombre alguno desheredado en absoluto de la verdad, ni de la belleza, ni de la bondad, ni de la justicia, ni de la piedad; el más ignorante sabe algo, el más inculto recibe algunas de las armonías de la naturaleza ó de la sociedad, el más vicioso hace algun bien, el más apartado de la vida jurídica tiene algun derecho, el más impío siente alguna vez la voz de Dios en su conciencia. Pero de que esto sea exacto, y por serlo presenta caractéres peculiares el problema social, bajo su aspecto económico, no se desprende en modo alguno que debemos atender poco ménos que exclusivamente á procurar á los pobres el pan del cuerpo, sino que estamos obligados á facilitarles el del espíritu, el cual padece un *hambre* de verdad, de justicia, de virtud y de piedad, que reclama tambien con imperio el ser satisfecha. Y cuenta con que en el último respecto no podemos ampararnos tan fácilmente en la excusa que con harta ligereza aducimos para dispensarnos del cumplimiento de este deber en el otro: la falta de *medios*; puesto que la buena voluntad basta para el caso las más veces, y basta siempre cuando se trata de lo expresado en el epígrafe de este artículo.

Demos, pues, al pobre esto que de justicia y por caridad le debemos; tengamos presente que á ciertos respetos tiene derecho el hombre solo por serlo, y por tanto que á todos han de guardarse; no olvidemos el opuesto efecto que en el espíritu del necesitado puede producir una conducta que arguya menosprecio, desestima, ó cuando ménos, falta de interés, y la que revela respeto para la desgracia y simpatía con el dolor; y concluiremos seguramente en que lo ménos que podemos dar al que nos pide, es la *limosna de la cortesía*.—A.